

Los Bloqueos del Escritor...o las Pausas del Alma

Mar Solana

Todos hemos venido a esta tierra con un propósito. Mis padres lo han cumplido con creces y honores, marcando nuestras vidas con su Amor y las mejores enseñanzas. ¡Seguiréis viviendo siempre en mi corazón!



Mark Twain dijo que, ante una gran pérdida en nuestra vida, la mente solo tiene una noción confusa de que «ese algo» ya no está. *La mente y la memoria tardan meses enteros, años quizá, en recopilar todos los detalles para llegar a entender la pérdida y hacerse cargo de ella en toda su extensión.*

Cuando leí esta frase tan intensa y profunda, me sentí plenamente reconfortada. Y, gracias a la sabiduría de Mark Twain, que supo expresar su dolor a través de nuestras queridas Letras, volví a conectar de nuevo, aunque de forma muy breve, con la *espina dorsal* o *leitmotiv* de mi escritura que, pese a estar ensamblada en mi corazón, se halla en un momento de agudo bloqueo. Y uno, cuando se encuentra con las intenciones tan inflamadas que no puede ni sujetar la pluma, lee...

Y en otra de mis *lecturas-bálsamo* descubrí un párrafo extraordinario, en el *Aleph* de Paulo Coelho. A través de la conocida metáfora de la vida con un

tren, afirma que nuestros seres queridos, en realidad, nunca mueren, solo están viajando en un vagón distinto al nuestro. Y que eso de medir el tiempo es un convencionalismo necesario para poder vivir en sociedad, nada más. El tiempo no pasa, es apenas el momento presente, y creo que algunos escritores ya conocen este hecho.

Así, ante un inmenso dolor, el alma se para, se queda quietita porque no puede más y necesita un tiempo para recuperarse, para que la goma de las emociones, tan dada de sí, pueda volver a su sitio y que las palabras comiencen a fluir por el caudal acostumbrado.

En mis primeros talleres de Escritura Creativa estudiábamos cómo los bloqueos de un escritor se debían, la mayor parte de las veces, a causas de índole intelectual. Como si se agotara la inspiración y la mente librara interminables batallas con el folio en blanco, nuestro mayor enemigo.

Bueno, en todo esto existe una parte de verdad; sin embargo, en el transcurrir de mi vida, estoy comprobando que los mayores enemigos del bloqueo de un escritor son sus propias emociones. El miedo, un dolor intenso y arraigado, pueden llegar a ser más paralizantes que aquello de «quedarse en blanco» debido a una espantada momentánea de las musas.

La falta de inspiración constituye, quizá, una dificultad pasajera. Porque en algún momento del día o de la noche, de repente, brotan las ideas como un sarpullido, provocándonos la imperiosa necesidad de rascar de forma compulsiva el folio irritado (que ya no es blanco). Esta situación, por desgracia, no ocurre cuando la pena se instala en tu rutina y trabajas solo para cumplir con el expediente del día a día. Pero..., ¡qué no cunda el pánico!, si hemos aprendido a conducir, no vamos a olvidarlo. Con la escritura pasa algo parecido: sólo es cuestión de volver a ejercitarnos de forma disciplinada, nada más... el resto ya se encuentra conectado con cada uno de nuestros latidos.

Salvo que vivamos de la escritura —que eso sería otra historia bien distinta—, se impone relajarnos, respirar hondo, alejar la culpa y el miedo todo lo que podamos, y leer, leer mucho. No conozco mayor consuelo que el

refugio en las palabras de otros. Personas que ya han pasado por lo mismo que tú estás viviendo y han desarrollado la enorme sensibilidad de compartirlo con el mundo... Porque no siempre resulta fácil encontrar palabras para «explicar» el dolor...

La psiquiatra y escritora Elisabeth Kübler-Ross dedicó su vida a trabajar la pérdida y el duelo, y a ayudar a personas en tránsito. A día de hoy está reconocida a nivel mundial como la mayor experta en todos los temas relacionados con la muerte. Cuando visitó los campos nazis de concentración, se dio cuenta de que en algunas paredes había grabados de mariposas. Fue entonces cuando comprendió que esos dibujos, que sobre todo hacían los niños, eran un símbolo de transformación *que representa que, incluso ante una aparente gran pérdida, continuaremos de alguna manera, de alguna forma*. La doctora Ross pasó tiempo con la Madre Teresa y fue testigo de la encarnación de la generosidad humana. Dijo que, aún en sus peores momentos, siempre logró encontrar un atisbo de esperanza y que *en el duelo, al igual que en la muerte, hay una transformación hacia la vida. Si no te das tiempo para llorar la muerte, no podrás encontrar un futuro en el que la pérdida se recuerde y se nombre sin dolor*.

Para el presente número de mi querida Terral, una servidora albergaba la intención de escribir un artículo, digamos, algo más técnico sobre «los bloqueos del escritor». Comunicar mi propia experiencia a los lectores e, incluso, describir lo que, bajo mi humilde opinión, a mí me ha funcionado cuando el temido folio en blanco se me resistía; cuando las musas se tomaban un descanso, pero mi alma estaba más o menos en paz...

Pero, por desgracia, ahora no se trata de una fuga de duendecillos del Helicón o de un paréntesis por falta de inspiración. Mis musas no me han abandonado, siguen soplando sobre mi hombro —*jeh, tú... venga!*—, pero mi alma se encuentra *offside* y no se topa con las Letras que le aúpen al vagón de la tinta, ese donde se reúnen y se abrazan para saludar de nuevo al mundo...

Hace poco más de un año, cuando comenzaban a brotar las primeras flores de un abril indómito y lluvioso, mi madre emprendió su último viaje.

Luego, en el momento en que esas mismas flores comenzaban a deshojarse preparándose para el reposo, se marchó mi padre. Se han ido casi de la mano, con tan solo siete meses de diferencia; así son las almas gemelas: no pueden estar mucho tiempo separadas. Mi padre me dijo que se tenía que marchar porque a mí madre nunca le gustó esperar y porque él ya no podía seguir sin su aliento...

La vivencia de un duelo se parece mucho a las mareas: algunos días las olas solo remojan nuestros pies y, aunque el agua esté fría y desapacible, la brisa nos ayuda a sostener la vela de la tristeza. Otros, la marea sube de golpe y las olas del dolor nos sepultan bajo su fuerza, obligándonos a luchar muy duro para no perecer en la inmensidad del agua...

Más en este presente melancólico, parafraseando a Kübler-Ross: en el tiempo que me estoy concediendo para retomar fuerzas y continuar, mis padres han pasado a formar parte de mi vida gracias a ese álbum invisible que llamamos «recuerdos», y que atesoramos en un rincón muy especial del corazón. Y además de todas las lecturas que me ayudan a sanar una herida tan profunda, hojear este «álbum», sobre todo en los días de fuerte oleaje, es uno de mis bálsamos predilectos, porque soy plenamente consciente de que, pese a todo, hemos tenido la inmensa fortuna de compartir una larga vida con ellos.

Si alguna vez, mis queridos lectores, necesitáis tiempo y espacio para llorar, comprender, recordar... Si os resulta imposible organizar algo un poco coherente que toque la fibra del prójimo..., relajaos y respirad hondo. Y leer, leer todo lo que podáis. Creedme cuando os digo que no hay mejor consuelo que buscar un buen techo bajo las palabras de otro.

Porque de eso trata el verdadero bloqueo de un escritor: de la necesidad imperiosa de una época de retiro y reposo. De regalarnos tiempo, ese tesoro tanpreciado que esta sociedad de piratas parece arrebatarnos. Y lo necesitamos, no por apatía o como algo accesorio, se trata de la realidad de concedernos una especie de pausa que nos ayude a encajar un nuevo presente, de permitirnos llorar lo perdido sin miedo, sin la culpa de no estar haciendo lo que uno debe o lo que uno cree que debe hacer.